



¿Jingle Bells O Ropopompón?

Author(s): Fernando Iwasaki Cauti

Source: *Renacimiento*, No. 11/12 (Spring - Summer, 1996), pp. 29-33

Published by: Libreria y Editorial Renacimiento S. A.

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/40514983>

Accessed: 20-11-2015 09:50 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Libreria y Editorial Renacimiento S. A. is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Renacimiento*.

<http://www.jstor.org>

FERNANDO IWASAKI CAUTI

¡JINGLE BELLS O ROPOPOMPÓN?

A mis hijas les traen sus regalos los Reyes, a mí me los trajo Papá Noel, a mi madre se los traía el Niño y a mi abuela los tres magos de Oriente. Cien años después se ha cerrado el círculo navideño en mi familia, pero tal cosa nunca habría ocurrido si ahora no viviera en Sevilla. No obstante, como Papá Noel cada año le quita más terreno a los Reyes y más dinero a las familias españolas, procuraré recordar qué quedaba de la navidad castiza en la navidad peruana, antes que la navidad americana se entronice también aquí en España y mi memoria se confunda entre belenes, árboles fosforescentes, villancicos y *christmas carols*.

Mis recuerdos infantiles me dicen que a medida que se acercaba el 25 de diciembre, el ambiente se poblaba de olores, sonidos e imágenes que alcanzaban su punto más alto en la cena de nochebuena y con el descubrimiento de los regalos, cuando el gusto y el tacto aparecían para culminar esa verdadera fiesta de los sentidos que era para mí la Navidad. Y es que la Pascua se olía a través de los pavos horneados y las galletas crocantes; se veía entre las miles de bombillas que parpadeaban en ventanas y escaparates; se oía en inconfundibles canciones que sólo repicaban durante esos días; se saboreaba en platillos y viandas que no eran guisados en otra época del año y -finalmente- se palpaba en los juguetes nuevos y en los papeles que rasgábamos para desvestirlos. En medio de tanta emoción y regocijo, me importaba muy poco el extravagante sincretismo de la navidad peruana.

Sin embargo, una de las primeras cosas que despertó mi curiosidad pueril fue la nieve. ¿Cómo era posible que el Niño Jesús estuviese casi desnudo mientras caía una nevada de escándalo?, ¿por qué el burro y la vaca no dejaron que el elefante y el camello de los Reyes Magos calentasen un ratito a ese chiquirritín -chiquirriquitín- metidito entre pajas?, ¿de

dónde salía tanta alegoría polar en Lima, si en diciembre hacía un calor de los mil diablos? Con los años descubrí que ni siquiera en Belén solía nevar y que la nieve de mis navidades -al igual que los juguetes a pilas- provenía de los Estados Unidos.

Pero ahora que sé cómo es -o cómo debió ser- la navidad española, me siento capaz de identificar algunas costumbres que practiqué en mi niñez y que han resistido de manera numantina la avanzada voraz de la navidad americana en el Perú. Después de todo, 300 años de dominación colonial no podían desaparecer de la noche a la mañana sin dejar rastros.

Así, a la hora de aderezar la casa con la típica parafernalia navideña, una parte de la familia se concentraba en armar el nacimiento, mientras el resto acometía el laborioso proceso de montar el árbol importado de Miami. Todavía me perturba recordar la delicadeza y meticulosidad que debíamos tener con todas aquellas cosas, pues el arbolito y el portal de Belén parecían ser igual de valiosos, pero no valían lo mismo. Lo comprobé cuando María Lila rompió varias de esas bolas chillonas y cuando Gonzalo quemó las luces intermitentes al enchufarlas sin transformador, y apenas les quitaron el postre. En cambio, cuando yo decapité a San José, cuando le partí un pie al Niño y cuando acabé con todos los pastorcillos de un tremendo pelotazo, mi madre casi me cuelga. «Muchachito de cuernos, pedazo de bestia peluda -me increpaba mamá-, estos adornos eran de mi abuela, y mi abuela los heredó de su abuela. ¡Ahora te vas a enterar!». Y entonces me enteré. Supe que esas figuras venían desde más lejos que Miami, de algún remoto lugar de España donde los ancestros de mi madre jamás me habrían llamado «muchachito de cuernos» o «pedazo de bestia peluda», sino simple y castizamente cabrón.

Por otro lado, el contrapunto navideño entre lo norteamericano y lo español iba más allá de lo ornamental hasta llegar a lo gastronómico, pues el pavo desplazó al pescado, los *marshmallows* a los polvorones, las *oatcookies* a los dulces de convento y el *christmas pudding* a los tradicionales roscos de Reyes. Sin embargo, todavía recuerdo que no había nada máspreciado en las nochebuenas limeñas que una generosa taza de espeso chocolate valenciano, algunos mazapanes toledanos y una buena tableta de turrón alicantino. La pasión de las familias peruanas por tales golosinas era tal, que nunca faltaron estupendos sucedáneos criollos de los dulces navideños peninsulares. A saber, el chocolate cuzqueño, los mazapanes de Arequipa y el turrón de *Doña Pepa*. ¿Dónde estaba lo peruano en medio de esa guerra sorda entre lo español y lo americano?

En casa de alguna de las tías viejas que solíamos visitar durante la madrugada de las nochebuenas, alcancé a probar dulces típicos como la *mazamorra morada* y el *suspiro limeño*, pero jamás *picarones*, *arroz zambito*, *ranfañote*, *champuz* o *maná*, y mucho menos platos criollos como el *sudado* de corvina, la *carapulcra*, los *tamales*, el *locro* y el *aguadito*. Los festines navideños que conocí ya exigían ingredientes y recetas importadas que poco tenían que ver con nuestra cultura y sobre todo con el sofocante verano limeño, que no pegaba nada con esas cenas copiadas de los glaciales inviernos de los países nórdicos. No obstante, basta dar un repaso a las célebres *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma para advertir que antiguamente la navidad «era el no hay más del criollismo», y que al grito de *¡Los tres reyes del Oriente: Vino, chicha y aguardiente!*, mis tatarabuelos debieron divertirse como enanos. Ahí estuvo alguna vez lo peruano.

En realidad, de la vieja navidad criolla - heredera de la pascua española- ya no queda ni la Misa del Gallo, porque al sonar las doce campanadas no hay que estar en misa sino en casa, para abrir los regalos y cenar copiosamente. Y es que o el pavo es mucho gallo o el gallo es para los pavos. Pero sobre todo es

menester no salir de casa porque a medianoche llega el personaje más típico, más autóctono y más folklórico de la moderna navidad peruana: Papá Noel.

Aunque algunas familias limeñas tenían nociones de su existencia desde antes de la Segunda Guerra Mundial, Papá Noel no desembarcó en el Perú hasta 1944, el mismo año en que los aliados lo hicieron en Normandía. Primero llegó a los grandes almacenes de una cadena norteamericana y de ahí se propagó por todos los comercios nacionales, que no tardaron en utilizarle como reclamo publicitario de sus campañas navideñas. Así, al Papá Noel de *Sears*, de *Oeschle*, de *Scala* y de *Klinge*, se sumaron los papanoeles de *Tía*, *Monterrey*, *Todos* y otros establecimientos comerciales, sin contar los que recorrían las calles desconcertando y atemorizando a los niños. Hasta ahora conservo la foto en que -preso de un repentino berrinche- le atizo un puñete en la barriga al Papá Noel de *Sears*, ante el estupor de otros niños llorosos que tampoco querían sentarse en las rodillas del gordo de la barba. «¿Papá Noel te da miedo, zonzó?», me preguntó mi madre. «No, mami. Me da calor», le respondí.

Hacia 1970, la dictadura militar del general Velasco decidió acabar con Papá Noel -«ese perverso agente del imperialismo yanqui», como apuntó un ministro muy feo-, y en medio de la euforia antiimperialista fueron decretadas su muerte y el nacimiento justiciero del «Niño Manuelito», quien de ahí en adelante entregaría los regalos a los niños peruanos en nombre del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas.

El «Niño Manuelito» era cholito y no pasaba frío en el pesebre porque llevaba *poncho* y *chullo*, pero sólo traía juguetes nacionales ya que el gobierno había prohibido las importaciones. En cambio, quienes tenían la suerte de contar con algún familiar que viajara al extranjero y que tuviese influencia en la aduana, podían seguir recibiendo sofisticados regalitos de Papá Noel. Así fue como ciertos niños empezaron a percibir regalos del «Niño Manuelito» y también del censurado bienhe-

chor, lo cual creaba grandes confusiones en los colegios. «¿Por qué a fulanito le trae sus juguetes Papá Noel?», preguntaban compungidos los niños menos afortunados. «Porque su papá es militar», contestaban ofuscados los padres.

Al comprobar que Papá Noel ya no era un simple agente de la CIA, sino además un avezado contrabandista que abusaba del pobre «Niño Manuelito», los teóricos del régimen decidieron recurrir al quechua y crear a *Taita* Noel -otro gordo barbado y vestido con típico atuendo andino- que de una patada en el trasero echaba del Perú al gringo Papá Noel, según los dibujos de la televisión y los periódicos oficialistas. Pero *Taita* Noel tampoco tuvo éxito y los asesores del gobierno tuvieron que admitir la existencia de Papá Noel apenas tres años después de su ajusticiamiento revolucionario. Nunca olvidaré cómo nos explicaron que Papá Noel ya era peruano, que se había nacionalizado -como las empresas americanas expropiadas por la revolución- y que en honor al Perú vestiría siempre de blanco y rojo, los colores de nuestra bandera.

¿Qué tiene que ver lo anterior con la decadencia de la navidad española en mi país? Muy simple, si el gobierno militar hubiera querido acabar para siempre con Papá Noel, tendría que haber procedido como lo hizo el general Mariano Ignacio Prado en el siglo XIX, quien después de vencer a la escuadra española en el combate del 2 de mayo, decretó que los Reyes Magos nunca más llevarían regalos a los niños del Perú.

A mí siempre me extrañó la indiferencia peruana hacia los Reyes Magos, pues el nombre original de la fundación española de Lima había sido Ciudad de los Reyes, precisamente en honor a Melchor, Gaspar y Baltasar. Por otro lado, durante la colonia se consolidó la costumbre de conmemorar el día de Reyes con una carrera en la que el Rey Blanco, el Rey Negro y el Rey Indio recorrían las calles de las principales ciudades, y en algunos textos costumbristas es posible comprobar que dichas cabalgatas fueron conocidas en la república como la «Bajada de Reyes», una fiesta popular que hacía las delicias de los niños. Sin

embargo, de los Reyes ya no queda ni el recuerdo.

Al parecer, España nunca reconoció nuestra independencia ganada en el campo de batalla de Ayacucho en 1824, y en consecuencia las relaciones con la vieja metrópoli fueron ásperas y hostiles hasta que una armada española capturó las islas de Chincha, bombardeó Valparaíso y se aprestó a hacer lo mismo con el Callao. Corría el año de 1866, y el dictador Prado preparó la defensa del puerto con gran concurso de voluntarios que acudieron a repeler la agresión gachupina. Los testimonios de la época dan cuenta de la derrota infligida a la escuadra de Casto Méndez Núñez, así como de algunas curiosas secuelas de la victoria: las propiedades de los súbditos españoles que no aceptaron adoptar la nacionalidad peruana fueron confiscadas y las efemérides peninsulares quedaron prohibidas dentro del país. Como las fiestas católicas no podían ser suprimidas, la disposición sólo afectó las tocantes a la monarquía: nacimientos, bodas, onomásticas y exequias reales. En medio de tanta fiesta regia, algún despistado confundió el día *de* Reyes con el día de *los* Reyes.

Así fue como el Niño (a secas) comenzó a dejar sus regalos cada 25 de diciembre, hasta que Papa Noel se lo merendó sin que nadie lo evitara declarándole la guerra a los Estados Unidos. Desde la línea ecuatorial desciende una tromba marina de aguas cálidas que hacia fines del XIX recibió el nombre de «Corriente del Niño», porque sólo se presenta en Navidad. Estoy seguro que si ese fenómeno hubiera sido bautizado en la segunda mitad del siglo XX se habría llamado «Corriente peruana de Papá Noel».

No obstante, a pesar del decreto que prohibió la Pascua de Reyes, varias familias peruanas -como la de mi abuela- siguieron rindiendo culto clandestino a Melchor, Gaspar y Baltasar; tal como ocurriría varios años más tarde con Papá Noel. Pero si bien los Reyes dejaron de existir en el imaginario peruano, de la primitiva navidad española todavía quedaban los nacimientos, las confituras y -por supuesto- los villancicos.

Confieso que las melodías de esas canciones bulliciosas y cascabeleras me llenaban de alegría, pero he de admitir que tardé muchos años en descifrar el significado de sus letras. Por ejemplo, nunca entendí cómo la Virgen podía peinarse «entre cortina y cortina» y por qué los pastorcillos le llevaron requesón, manteca y vino a un niño recién nacido. También recuerdo que en cierta ocasión le dije a mi madre -mientras observaba cómo zurcía mis pantalones- que una vez yo me había remendado y que me remendé, que me eché un remiendo y que me lo quité, y me contestó que como volviera a tocar sus agujas me rajaba. Finalmente, una monja me castigó por decir que el niño Jesús había nacido en un lugar muy cutre donde los pastorcillos se comían los chocolates, los ladrones se tiraban los pañales y los ratones le roían la ropa a San José. «La *Clínica Americana* es mejor», afirmé para escándalo de la españolísima madre María de los Reyes. La Navidad, pues, era la fiesta de las canciones incomprensibles o inexactas, como aquélla que decía que los peces beben en el río, cuando todo el mundo sabe que los peces viven en el río.

En la Pascua de 1966 la madre María de San Ignacio nos hizo cantar una canción en latín cuyo significado ignoro hasta hoy, aunque me acuerdo muy bien de la letra. Pero fue en la Navidad de 1967 cuando llegué a la conclusión de que todos los villancicos eran del mismo autor.

Se acercaba el mes de diciembre, y la *miss* Rosaura -nuestra profesora de inglés- decidió enseñarnos a cantar *Jingle Bells* para la actuación de fin de curso, desafiando a las monjas que habían previsto que cantásemos un villancico de su tierra. Así, después de elegir tras durísimo *casting in english* a los niños menos desorejados, la *miss* Rosaura convocó los ensayos que desataron la proverbial furia española. Mas no contra la *miss*, sino contra mí.

Todo sucedió el día que habíamos conseguido cantar de corrido y sin papel el estribillo principal:

*Jingle Bells, jingle bells,
Jingle all the way.
Oh what fun it is to ride
In a one-horse open sleigh.*

De pronto, la madre Dolores se abalanzó como una pantera sobre uno de mis compañeros y gritó: «¡Espere un momento, señorita Rosaura! (a la *miss* Rosaura le repateaba que le llamaran señorita Rosaura). A ver, Sabogal, ¿sabes lo que estás cantando? ¡Venga! Dime lo que estás cantando, Sabogal». Pero el pobre Sabogal, que a las justas había aprendido a balbucear *yínguel bel*, se quedó petrificado de espanto ante la destemplada arremetida de la madre Dolores.

«¿No ve, señorita Rosaura? -exclamó la monja esbozando una diabólica sonrisa de triunfo- Usted le enseña a estas criaturas unas canciones protestantes que gracias a Dios no entienden. ¡Que no vuelva a suceder, señorita Rosaura! Los niños no deben cantar sin saber lo que dicen. ¡Hala! A cantar en cristiano, villancicos en castellano», ordenó la madre regodeándose. Y nos repartió unos libritos cuyas canciones teníamos más o menos preparadas.

Al cabo de unos minutos, cuando ya habíamos cogido el tranquilo y cuando la madre Dolores estaba en pleno trance navideño musical, llegamos a la estrofa funesta:

*Zumba zúmbale al pandero,
al pandero y al rabel,
toca toca la zambomba,
dale dale al almirez.*

«¡Un ratito, *Sister Dolors* -interrumpió la *miss* Rosaura, que sabía que a la madre Dolores le reventaba que le llamaran *Sister Dolors*. A ver..., ¡Iwasaki!, ¿sabes lo que acabas de decir?, ¿entiendes lo que has cantado, Iwasaki?», me repetía la *miss* enseñándome los dientes, mientras yo la miraba suplicante para no mirar a la madre. «Iwasaki no sabe, *Sister Dolors*», sentenció de golpe y con recochineo la *miss* Rosaura.

- ¿Que no sabe?, ¡claro que sabe! -rugió la monja- ¡Iwasaki, dile a la señorita Rosaura qué es un almirez!

- No sé, madre.

- ¿No sabes lo que es un almirez? Y un rabel, ¿qué es un rabel, Iwasaki?

- Tampoco sé, madre.

- Pero un pandero sí sabrás lo que es, ¿no? ¡Dime qué es un pandero, Iwasaki! -retumbaba el colegio.

- No me lo sé, madre -respondí con un hilo de voz-. Pero ya me sé la tabla del 3 -añadí para quedar mejor.

Entonces la madre Dolores se inclinó para mirarme cara a cara y me dijo con los ojos como brasas: «Seguro que tampoco sabes lo que es zumbiar; pero te vas a enterar, Iwasaki». Y en ese instante me di por zumbado.

Aquel año cantamos *Jingle Bells*, y al siguiente otro *christmas carol* que tenía la misma música de *Noche de Paz, noche de amor*, pero que la *miss* Rosaura nos lo enseñó como *Silent night, Holy night*. Para entonces yo ya no sólo cantaba muy bonito en inglés, sino que a mis siete años -y gracias a las zumbadas de la madre Dolores- también me había familiarizado con el vocabulario pastoril de los cabreros extremeños, los pastores asturianos y los labriegos manchegos. De hecho, varias veces sorprendí a mis parientes y amigos por saber el significado de palabras como «barbecho», «rastrajo», «aprisco» y «gañán», para disgusto de mi madre que no quería que fuese granjero sino arquitecto.

Y quizá los *christams carols* americanos hubiesen derrotado para siempre a los villancicos españoles, de no haber sido por una canción que conquistó a todo el país: *El Tamborilero*. Quien la cantaba era un artista muy famoso, porque además salía en películas y tenía otras canciones que pasaban por la radio, y la *miss* Rosaura fue la primera en sugerir que el número anual de 1969 consistiera en una representación de *El Tamborilero*. Nunca como

entonces el reparto alcanzó para toda la clase, ya que hasta los que no sabían cantar salieron de pastorcillos con la exclusiva misión de hacer *ropopompón, ropopompón, ropopompón*.

Recuerdo que todos los niños deseábamos ser *El Tamborilero*, para avanzar rãmpantes entre paisajes nevados de cartón y con el tambor que nos prestaba la banda del colegio. De hecho, no había nada más emocionante que llegar hasta el retablo en el preciso instante en que el coro cantaba:

*Cuando Dios me vio tocando ante El,
me sonrió.*

Uuuubhh, uuuubhh, uuuubhh...

El Tamborilero se representó tres años seguidos con gran éxito de crítica materna, e incluso las monjas trataron en vano de invitar a Raphael a una de las actuaciones del colegio, aprovechando que el cantante se encontraba en Lima de gira y que Betty Missiego era la mamá de un chico de la clase. Pero Raphael se fue con la música a otra parte, ajeno al *digan lo que digan los demás*.

No obstante, la fugaz hegemonía de la navidad hispana volvió a quedar en entredicho por culpa de una canción. Y es que en un país donde las costumbres navideñas de España y Estados Unidos se han sintetizado de forma tal que los niños dejan sus zapatos al pie de un árbol luminoso o que en los belenes Papá Noel es el cuarto Rey Mago, donde la golosina de moda es el chicle de mazapán y donde las familias visitan iglesias para ver sus árboles navideños y grandes almacenes para ver sus nacimientos, era inexorable que algún día terminaran imponiéndose el mestizaje y el sincretismo musical.

De la lucha entre *jingle bells* y *ropopompón* surgió así José Feliciano con su *Feliz Navidad, próspero año y felicidad. I want to wish you a Merry Christmas*, genuina expresión latinoamericana del «*carol* villancico».